

LA TORRE DE BABEL

Cuentan que en la ciudad de Babilonia los hombres proyectaron construir una torre tan alta que alcanzase al mismo cielo.

Para ello, cocieron ladrillo al fuego y utilizando el betún como argamasa, levantaron los primeros pisos de aquella gran torre a la que llamaron Babel, que significa "Casa del fundamento del cielo y de la tierra" o también: " Casa que levanta la cabeza". Pero Dios cambió la palabra y la llamó Balal, que en hebreo significa "confundir", porque los hombres habían confundido lo posible con lo imposible y, en su soberbia, habían creído que podían construir una ciudad que rozase la perfección, una ciudad que funcionase tan bien como el mismo cielo, un reloj social tan preciso como el movimiento de la bóveda celeste.

Y dicen que la torre de Babel tenía setenta millas de altura - aunque otras datan cinco millas y media -; diez de circunferencia; cien puertas de bronce; siete escaleras para subir en su lado oriental; otras siete para bajar en el occidental. Cuatrocientos ochenta pisos en el proyecto inicial.



Y cuentan que un buen día, los hombres, orgullosos de la magnitud de aquel proyecto, decidieron subir a lo alto de la torre, con flechas y ballestas, dispuestos a matar a todos los habitantes del cielo. Y que Dios, airado por aquella afrenta, convocó a su ejército de ángeles para descender a la tierra y confundir la lengua de los hombres.

Así fue. En un instante, setenta ángeles descendieron. Cada ángel inventó una lengua y se la enseñó a una familia. Muchos fueron los homicidios que se cometieron en la torre y muchos, también, entre familias por la confusión de las lenguas. Hasta que finalmente la construcción de la torre quedó paralizada. Las familias se dispersaron en todas direcciones. A las ruinas se les llamó Babel, porque Dios confundió las lenguas de la humanidad y dividió a una nación en setenta.

En cuanto a la torre: la tierra se tragó una tercera parte, el fuego del cielo o la ira de Dios destruyó la otra tercera y el resto ha subsistido hasta el presente semienterrado en forma de ridículas ruinas, en lo alto de las cuales se respira un aire que hace perder el juicio. Sólo un hombre en el mundo, Alejandro Magno, pensó seriamente en reconstruir la gloriosa torre y volver a formar una gran nación, pero calculó que eran necesarios más de diez mil hombres, durante más de dos años, sólo para despejar el terreno de los escombros. Hasta el día de hoy, ningún hombre sobre la tierra imaginó siquiera intentarlo.

Desde sus orígenes, el hombre necesitó buscar una explicación a su propio destino, tener una visión general del mundo en el que vivía, de la sociedad que había formado. Al principio tales impulsos por encontrar una explicación quedaban satisfechos con los mitos. Los mitos cumplían la función de ser una teoría general, un marco ideológico desde el que interpretar todos los hechos, físicos o morales. Así, el mito de la torre de Babel, conocido en el Génesis como la confusión de las lenguas, representa el primer intento humano por construir un paraíso social, el primer impulso hacia la unidad y el consenso; de otro lado, representa también su más rotundo fracaso: para Dios el proyecto de la torre de Babel era una amenaza contra su propia integridad, el hombre en sus aspiraciones había volado demasiado alto. Por ello, la condena divina a la confusión lingüística fue sólo el medio para alcanzar el fin: romper el fuerte vínculo social que el pueblo de Babel se había formado. Ciertamente, aquella expedición a las alturas pecaba de excesiva unanimidad.

La moraleja de esta historia es bien conocida: la ausencia de consenso entre los hombres se remonta casi a los albores de la humanidad. Nada nuevo. La historia ejemplifica muy bien esta condena a la pluralidad de entendimientos y gobiernos. Por ello, la historia del fracaso de la torre es la historia universal del fracaso humano por cimentar una sociedad unida en pensamiento y obra. Casi nada.

Seguramente el pasaje bíblico de la torre de Babel no sucedió jamás como, quizás, tampoco sucedió realmente el drama de Edipo, pero todas estas narraciones nos enseñan algo muy valioso sobre la condición humana. En el caso del mito de la torre de Babel, como hemos visto, nos explica a qué se debe esa consustancial tendencia humana a la discrepancia. Desde entonces, aunque por suerte sin necesidad de arrancarnos los ojos, estamos condenados a escribir la historia de la humanidad como la historia de la falta de consenso.

Ahora bien, aunque los mitos en su narración encierran una explicación sobre el comportamiento humano, se trata de una explicación imaginada. Y llegó un momento en el que al hombre ya no le satisfacían estas explicaciones fabulosas sobre su mundo y se aplicó a buscar respuestas más racionales, esto es, menos imaginadas y más pensadas. La Sociología surge también de ese impulso básico por explicar racionalmente el comportamiento de los hombres y del mundo, por alcanzar una visión general del mundo, una visión coherente.

Si la Sociología responde a este impulso básico, hemos de decir que, desde luego, su origen no se remonta tan lejos. La Sociología como ciencia surge en el siglo XIX y lo único que hoy tiene en común con su babélico origen es que todavía es difícil ponerse de acuerdo en su posible definición.